

REVISTA LITERARIA

PERIÓDICO DECENAL

DIRECTOR: D. LUIS GABALDÓN CAMPOY

REDACCIÓN: CORREDERA 62, BAJO



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

LORCA, TRIMESTRE 2 PTAS.
FUERA, » 2'50 »

PRECIOS DE VENTA

NÚMERO SUELTO, 0'30 PTAS.
IDEM ATRASADO, 0'50 »

SUMARIO

Pequeñeces, por D. Juan J. Menduña.—Idilio, por don A. Fernández Cerdán.—Tradiciones populares, por don J. M. Campoy.—Ilusión y realidad, por don A. Pernías.—Fecundada de las plantas, por don G. Perán.—Fracmento, por don J. López Barnés.

PEQUEÑECES

DUENDES.—SANTIAGO.—MUTACIÓN.—EL AMOR Y LA TEMPERATURA.—EN MARCHA Y ¡AL AGUA!

Es una lástima, créanlo mis bellisimas lectoras y mis lectores benévolos, una lástima grande, que tenga que escribir esta crónica precipitadamente y en esas horas de la madrugada en que todo convida á la quietud, al reposo, al sueño reparador; ¡ay! sino fuera por ello, sino fuera porque los párpados se me están cerrando y pasan por mi cerebro, entorpecido por tenáz modorra turbiones de sombra, y la pluma se me escapa de entre los dedos; sino fuera porque tengo junto á mí la cama incitadora que ofrece grato descanso al cuerpo fatigado; ¡qué relato haria de un maravilloso, de un extraordinario caso! el caso estupendo de que en mi casa hay duendes. ¡Eh! cuidado con esa sonrisa de malicioso desdén. No estoy loco ni alucinado, sino en mi cabal juicio. Ya sé yo

que la civilización moderna ha proscrito á los duendes, relegándolos á la categoría de patrañas que sirven solo para asustar á los niños, ya lo sé; pero á la evidencia preciso es rendirse, y yo los he oído, y lo que es más grave, los he visto, y aun cuando tenga que pasar por hombre inocentón y crédulo, lo declaro francamente. ¡Y qué sustos me han dado! no son para dichos. Al principio me sorprendieron grandemente y el miedo que sentia alcanzó un grado altísimo; después fui acostumbrándome, y ahora, ahora tengo con ellos bastante familiaridad. Lo único que me molesta todavía, es el ruido que hacen, el infernal estruendo que mueven. ¡Ah! el sábado, que sin duda es su día de fiesta y de regocijo, no hay quien resista, y mucho menos, quien pueda dormirse. A la una de la madrugada comienza la zambra *duendil*; qué de voces, extridentes unas, atipladas otras, enronquecidas y lúgubres las más; qué de rumores metálicos, como de cadenas que se arrastran por un suelo de piedra, ó de aceros que chocan con furia; qué de brincos y bailes.

Una noche, saqué fuerzas de flaqueza y esperé asomado al balcón de mi cuarto la hora del extraño aquelarre; era sábado, y, por consiguiente, noche de gran concurrencia; yo estaba envuelto en la sombra, pues la luna, que brillaba en el horizonte, iluminaba con sus argentados rayos las paredes y